

ADRIÁN

Dice Rosa que mamá era lista y buena. Yo también lo creo. También dice que es una pena que no tuviera más hijos. Eso también lo creo. Me gustaría tener un hermano. Alguien listo y bueno que cuidara de mí. Es verdad que hay mucha gente cuidando de mí y que todos son listos y buenos. Está Rosa, claro, que me ayuda mucho, me hace siempre los papeles, me explica las cosas y me da consejos que yo entiendo. También está Eva, que me cuida la casa y me hace la comida. Es muy buena persona y siempre dice que me quiere como a un hijo. También está Vero, que viene menos a casa, pero que también me ayuda y me hace compañía. A veces me acompaña al médico y me explica lo que me pasa o lo que tengo que hacer, me hace la compra y no me deja comer chocolate. Pedro también me cuida. Es mi jefe, pero creo que también es un poco mi amigo. No sé, es difícil saber quién es tu amigo.

Pero un hermano... eso sería diferente. No sé muy bien qué haría un hermano. Yo creo que podría hacerlo todo: cuidar la casa, hacer la comida, hacerme compañía, explicarme las cosas y ser mi amigo. Me imagino un hermano

así, como todas las personas que me cuidan juntas, pero más, también mi amigo.

Esto también me lo explicó mamá. Cuando era pequeño, en el colegio, tenía muchos amigos. Todos los niños querían jugar conmigo. Les caía bien y nos gustaban los mismos juegos. Pero luego los niños empezaron a cambiar. Dejaron de jugar conmigo. Dejaron de invitarme a los cumpleaños. Luego cambié de cole. Me fui al centro. No sé por qué todos le llamaban «el centro». No era un instituto ni un colegio. Su nombre real lo leí en la puerta: «Centro de Educación Especial». Allí volví a tener amigos. Allí todos eran como yo y yo ya sabía cómo era yo.

Mamá me lo explicó entonces. Me dijo que yo ya no era un niño, era un joven. También me dijo que mi cabeza no funcionaba igual que la de los otros jóvenes. Me dijo que no era peor, que no funcionaba mal, solo diferente, que no consintiera que nadie me dijera que era peor, que no había nada malo en mí. Pero me avisó de que muchos lo harían, muchos me dirían cosas feas. Y muchos lo hicieron.

También me explicó que me costaría relacionarme con gente diferente a mí, porque ya no era un niño y los niños no querían jugar conmigo, pero los otros jóvenes tampoco querían jugar a las mismas cosas que yo.

Yo tenía un poco de miedo, porque hasta entonces no había pensado en todo eso. Pero mamá me dijo que tenía que pensar, que tenía que aprender. Y me enseñó muchas cosas. Me enseñó cómo hablar con los niños y no asustarlos. Me enseñó qué hacer para no enfadar a los padres de los niños. Y me enseñó cómo y de qué hablar con los que ya no eran niños.

Ahora ya no me asusto. Ahora ya no soy joven, soy «mayor», y ya sé cómo y con quién tengo que hablar. Y quizás por eso me gustaría tanto tener un hermano, porque a

lo mejor con él no tendría que pensar tanto qué decir, cómo decirlo, a qué jugar...

No sé, puede que solo eche de menos a mamá.

JORGE

Rosa dice: «Tienes que hablarle al psicólogo». Y yo le digo: «No». No tengo que hablarle al psicólogo. No es un buen psicólogo. No entiende nada. Parece un instructor, siempre dando órdenes.

No me gusta el centro. No me gusta la gente. No me gustan los que trabajan allí ni los que viven allí. Y no hablo. No me gusta hablar.

Además, no hace falta. Lo importante es lo que digan ellos. A nadie le importa lo que hay en mi cabeza.

La primera vez sí hablé. En el otro centro. Yo le llamo psiquiátrico. No lo era. Era un «centro terapéutico de menores con trastornos mentales y de conducta». Era un psiquiátrico para críos. Allí hablé.

Allí había de todo: psicólogos, educadores, psiquiatras..., y pastillas, muchas pastillas. No he estado tan drogado tanto tiempo en mi vida. Pero no servía para nada. Mis padres no estaban menos asustados. Mis compañeros no parecían menos chalados. Yo no me metía en menos problemas.

El otro centro sí era un psiquiátrico. Y ese sí me gustó. El centro no, el centro era una residencia de pirados. Me gustó Alfonso, el psicólogo. Él sí me ayudó. Él me enseñó muchas cosas. No le conté lo que tenía en la cabeza, me lo explicó él. Me enseñó a no meterme en problemas, a pasar

desapercibido, a no llamar la atención y a controlar las alucinaciones. Gracias a él ya no estoy allí.

Llevo una vida ordenada. Me cuesta mucho el orden, cualquier orden. Dice Rosa, y también dice Petri, la terapeuta, que todo me iría mejor si fuera más ordenado. Lo intento.

A mis padres ya les da igual lo que intente. Ahora ya no están asustados. Ahora solo se han olvidado. Tienen a mi hermana, ella sí es ordenada.

Yo como todos los días a la misma hora y duermo siempre ocho horas, no tomo drogas, no hablo y procuro no pegarle a la gente. Llevo una vida ordenada.

22 de marzo, viernes

ADRIÁN

Hoy he vuelto a encontrarme con mi vecina en la escalera. Se llama Sara, tiene 7 años y es muy agradable. No sé por qué a veces sus padres quieren que juegue en la escalera. Ella me ha contado que a veces le piden que salga de casa un rato, pero no la dejan que salga sola a la calle, por lo que tiene que quedarse en el descansillo de su casa. Ninguno de los dos entendemos por qué. Algunas veces tiene la escalera llena de juguetes, otras veces solo una muñeca y otras juega con una *tablet* o un móvil. Yo siempre me quedo a jugar un rato con ella, a veces mucho tiempo, otras solo un poco. Me gusta jugar con ella y me gustan sus juguetes. Los que más, los coches y la *tablet*, lo que menos, la muñeca. Tiene un juego de Mickey muy chulo, al que ella me enseñó a jugar y con el que lo pasamos pipa. Cuando tiene la *tablet* y jugamos al juego de Mickey el tiempo se nos va volando. Ella dice que le gusta jugar conmigo y que le caigo bien. Eso me hace sentir bien. A mí me gustaría invitarla a casa, jugar con mis juguetes y que merendáramos juntos. Pero mi mamá me enseñó que no debía invitar a niños a casa si no venían también sus padres, y yo nunca he conocido «padres» que tuvieran interés en venir a mi casa.

Aunque nos lo pasamos muy bien y me anima el día encontrármela, también me pongo un poco triste. Cuando

llego a casa, pienso en Sara sola en la escalera, con sus padres dentro de casa sin querer jugar con ella, y me pongo triste. Hemos hablado de eso y, aunque me ha dicho que no me preocupe, que está acostumbrada y no le importa, sigo sin poder evitar sentir un poco de pena.

Además de jugar, también hablamos. Ella me cuenta sus cosas del cole y sus amigos y a veces hasta hacemos sus deberes los dos juntos. Yo le hablo de mi trabajo en la imprenta y de cómo funcionan las máquinas, y también le cuento cosas de Eva y Vero.

Hoy no he pasado mucho rato con Sara. No tenía la *tablet* ni ninguno de mis juguetes favoritos. Además estaba un poco cansado y tenía ganas de llegar a casa.

Anoche no dormí muy bien. Eva me ha dicho que es porque cené demasiado. Siempre ceno solo, por la noche nunca hay nadie en mi casa, incluso si estoy enfermo. Aunque Eva me deja la cena preparada, a veces añado yo alguna cosilla que me guste. Ayer cené tortilla francesa con jamón cocido y pera, pero luego me puse un bol de leche con cereales de chocolate mientras veía la tele. Se lo conté a Eva por la mañana y se enfadó conmigo. Me ha repetido muchas veces que no coma mucho por la noche, y menos chocolate. Pero es difícil resistirse, no la tengo a ella conmigo para decírmelo cuando llega el momento.

Fuera por la cena o no, lo cierto es que tuve pesadillas y dormí mal. Soñé con mamá, con la muerte de mamá. Es un sueño, pero también un recuerdo. Y duele, duele mucho. Me desperté llorando y la eché mucho de menos.

Se lo conté también a Eva y no me dijo nada. Solo me abrazó y me dio un beso en la mejilla. Eso me hizo sentir mucho mejor.

JORGE

Ayer me pusieron compañero en la habitación. Todas las habitaciones son para dos personas, pero el centro nunca está lleno y algunos tienen suerte y les dejan estar solos. Yo tuve suerte hasta ayer.

No me gusta mi compañero. Huele mal. No sé por qué la enfermedad mental y el mal olor van juntos tan a menudo. Creo que puede ser por la medicación. Los enfermos mentales mayores parecen drogadictos. Y los drogadictos huelen mal. Yo le tengo miedo a eso. Ahora tomo mi medicación. No me siento drogado y me ayuda a controlarme. Pero no sé qué pasará con el tiempo, cuando lleve años así. Tengo miedo a ser, a parecer, un drogadicto. No me gustan los drogadictos. Cuando me drogaba estaba descontrolado, pero no me consideré nunca un drogadicto. Aunque hice cosas malas, tuve suerte, acabé en el psiquiátrico en vez de en la cárcel. Pero no creo que fuera un drogadicto y no me gustaba tratar con ellos. Intentaba pillar a gente normal, solo camellos, no colgados. Tuve suerte y cabeza y eso se acabó. Quizá el psiquiátrico fue un buen lugar. Al principio me rebelé, pero luego Alfonso, el psicólogo, me ayudó, me porté bien, aprendí y salí.

Y yo huelo bien. Me ducho todos los días, me ducho bien, no tengo manías. Algunos tienen manías. Algunos no se lavan los genitales o no se lavan el pelo o no usan jabón o no se meten en la ducha y lo mojan todo. Yo no. Yo me ducho bien y todos los días y me pongo desodorante y colonia. Nadie me enseñó eso, aunque creo que aquí deberían enseñar esas cosas.

También deberían enseñarme a vestirme. Quizás Petri, mi terapeuta, debería enseñarme. Podría aprender a combinar colores y saber qué ponerme según la ocasión. A lo

mejor me lo tendría que enseñar el psicólogo. Él siempre va bien vestido y seguro que tiene ropa distinta para cada ocasión. También se le da muy bien dar órdenes, así que podría ordenarme cómo vestirme. Aunque creo que no le haría ni caso, solo por ser él.

No sé exactamente quién tiene que enseñarme a «vivir en sociedad».

Con Petri, la terapeuta, hago ejercicios de «percepción». Me enseña fotos o dibujos y yo digo lo que veo y ella me dice lo que debería ver. A veces son personas. A veces son cosas sin sentido. No suelo acertar. A veces las personas están enfadadas, a veces alegres. Yo veo claro que están enfadadas o alegres, pero nunca acierto por qué.

Yo me enfado por otras cosas. También me asusto a veces. El psicólogo me pregunta por qué y yo no le digo nada, solo pienso: «¿No es tu trabajo explicármelo tú a mí?». Entonces me enfado con él. Tengo muchas ganas de pegarle, pero nunca lo he hecho.

Gracias a Alfonso. Con él aprendí a controlarme más y ya le pego menos a la gente, pero, sobre todo, no le pego a los que tienen un «rol». No le pego al psicólogo ni al psiquiatra ni a los educadores ni a la terapeuta.

A Petri, la terapeuta, nunca le he querido pegar. Ella es amable. Me aburro mucho con ella, pero es agradable conmigo, no me obliga a contarle lo que no le quiero contar y huele bien.

Con Petri también escribo. Ella me dice que me falta coherencia. Dice que tengo que conseguir tener pensamientos coherentes. Cree que si consigo escribir con coherencia, podré pensar con coherencia y también podré tratar con las personas con coherencia. No le falta razón. Creo que la coherencia y el orden son parecidos. Yo vivo una vida ordenada, pero solo por fuera: mis cosas, mi habitación, mis

horarios... pero mis pensamientos y mis sentimientos son desordenados, «incoherentes» dice Petri.

Escribir me gusta, me relaja. Cuando escribo ni estoy enfadado ni tengo miedo. Y se me da bien. Escribo con palabras que tienen sentido, con las palabras correctas. Pero luego a Petri no le gusta porque cambio siempre de tema. Ella me pone tarea, me dice: «Cuéntame por escrito una Navidad que recuerdes de niño». Y luego no le gusta porque escribo sobre otras cosas. Pero claro, Navidad es familia, escribo sobre la familia; Navidad es religión, escribo sobre religión; Navidad es pasado, escribo sobre el pasado; Navidad es infancia, escribo sobre la infancia; Navidad es amor, odio, tristeza, pérdida, nostalgia, alegría, ira, convención social, muerte, psiquiátrico, centro, hogar, policía, violencia, alucinaciones, delirio, futuro, instituto, colegio... y entonces a Petri no le gusta.

Pero yo me relajo.